

hemos representado en este teatro la opereta de nuestra historia, con nuestros tiranuelos y con quienes manejaban las cuerdas desde afuera. Toda esta historia terrible que nosotros hemos vivido, nos acorrala ahora, nos une necesariamente. Entonces, la unidad ante todo, es una unidad de destino. Tenemos un destino común y una unidad de hora. De hora digo, porque llegó la hora de nosotros, llegó la hora de hablar.

Como artista, me siento latinoamericano. Primero: porque tengo una temática riquísima con la cual puedo trabajar, una historia que nadie la ha tocado o casi nadie y que me la regalan toda para que trabaje con ella; un acerbo folklórico maravilloso por detrás, para yo trabajar con él; una tarea extraordinaria, algo que decir y sobre todo, porque como artista la-

tinoamericano, soy portador de seres que tienen un silencio de siglos.

No hemos hablado y vamos a hablar. ¿Qué les parece a ustedes que a uno, sobre todo a un actor dramático, cuya misión es hablar, nos regalen un silencio de siglos? Es el mejor regalo que nos pueden hacer. De modo que yo uno mi destino —como decía muy bien Fernando de Szyszlo— mi destino personal al destino latinoamericano. Así, si nos tenemos que ir del país donde vivimos —y eso puede pasar— sería bueno que Chile lo fuera pensando y que este Congreso creara una casa de exilados latinoamericanos. ¡Pero no nos sacan de América Latina! (Interrupción debido a las risas de la concurrencia)... hemos unido nuestros destinos a América Latina”.

UN INTELLECTUAL AISLADO POCO PUEDE HACER Y EN AMERICA LATINA NADA IMPORTANTE SE HA INVENTADO: ANGEL RAMA

SR. MILLAS (Presidente). Tiene la palabra don Angel Rama, de Uruguay.

SR. RAMA. Creo que todos los problemas que nos estamos planteando aquí tienden a una integración exclusiva de América Latina. Aunque la palabra integración me parece también muy peligrosa, porque integrar significa, en primer lugar, reconocer cosas muy disímiles, que a mí me cuesta encontrar en América Latina, donde hay enormes cercanías y enormes proximidades. Decía que el problema fundamental que se nos plantea aquí, a hombres de cultura, dedicados a la tarea intelectual, es la opción que nos cabe como intelectuales y esa opción está obligada por una realidad concreta, que es la realidad de América Latina. A partir de eso, digo que los hombres dicen sí o no a una situación.

América Latina, al contener a 200 millones de hombres, con la tasa de crecimiento demográfico más alta del planeta —superior a la de cualquier comarca asiática— y con una tasa de crecimiento de las posibilidades económicas que de ninguna manera alcanza al crecimiento vegetativo de la población, es una comarca que se empobrece año a año, a medida que crece su población. Tomemos a Brasil. Un gigante. Ochenta millones de hombres, de los cuales más de la mitad son analfabetos y quienes, de acuerdo a sus leyes, no votan. No pesan en la conducción del país. Eso es América Latina. América Latina es esa situación lamentable, dolorosa. América Latina es una vergüenza

y ser de América Latina es una vergüenza. Hay que empezar, a partir de esa conciencia, en cierto sentido culposa; decir sí o no: esta es la situación.

Un intelectual es un hombre que integra una élite, no hay duda. Porque son las élites culturales las que desarrollan y acrisolan los fenómenos de la vida intelectual y son las grandes élites las que han hecho las grandes bases de la cultura. Pero una vez determinado esto, el intelectual debe decir si él quiere que esta creación de la cual él es capaz, debe seguir sirviendo para élites o debe ser puesta al servicio de un enorme número de seres humanos. Esto es lo que yo entiendo.

No quiero que el teatro que yo haga, sea para plateas de 30, 50 ó 200 hombres, o que la música que yo haga, sea para pequeños círculos, o que mis libros sean leídos por tres o cuatro mil hombres. Prefiero, en cambio, que haya millones de hombres que atiendan a esta creación, que sea para todos. Si tuviera que buscar entre grandes creadores de nuestro pasado, que han aportado en América Latina y que ya han dado las bases, sin duda existentes, de una cultura original y propia, yo los identificaría en uno solo: en la obra admirable de Martí.

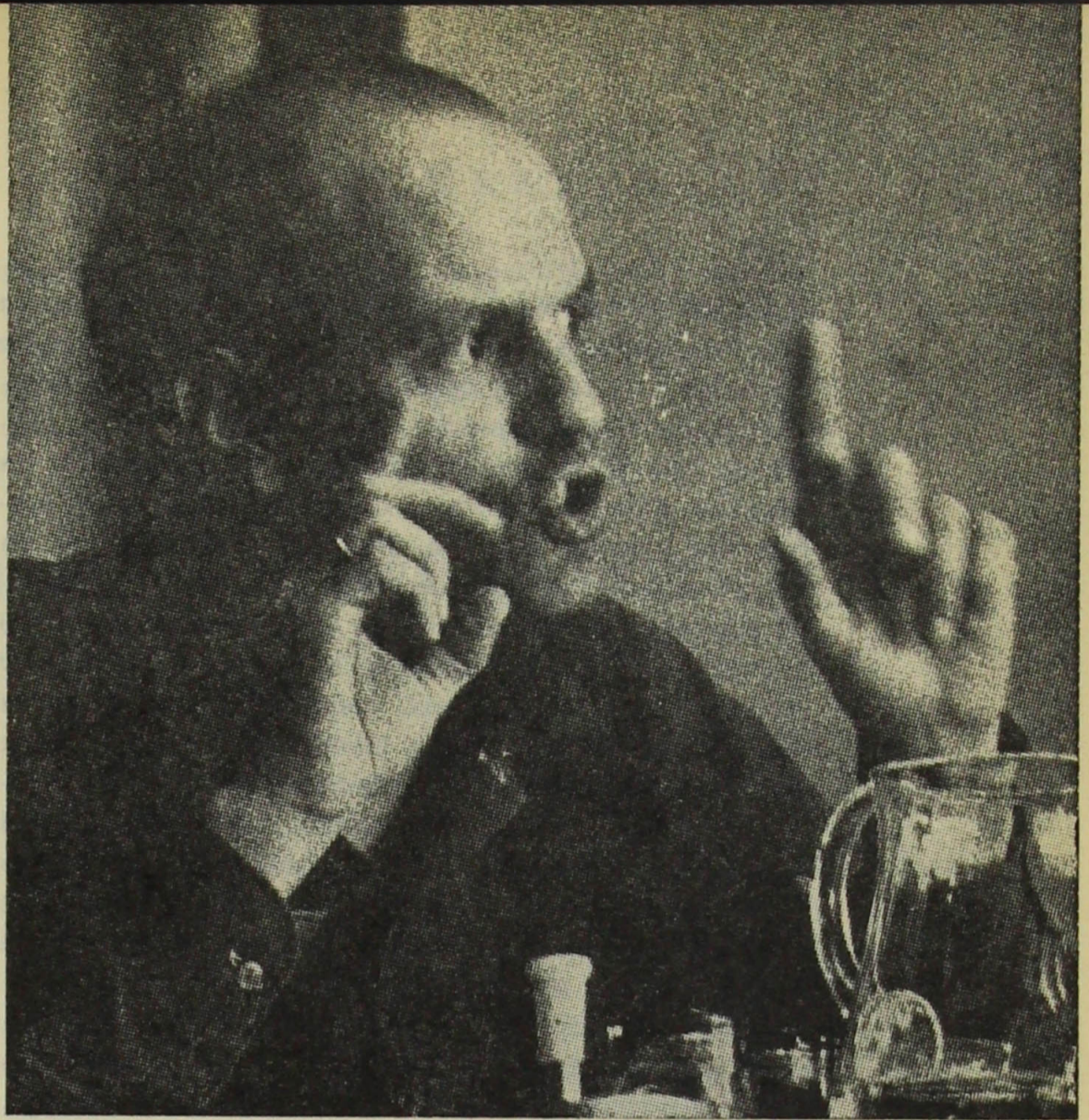
A partir del momento en que digo que esa obra ha sido escrita para todos y que sigue viviendo y ayudándonos a vivir y que es necesaria; a partir del momento en que yo diga lo que quiero hacer también para todos, entonces tomo una posición en América Latina.

Bastante se habló aquí acerca de un asunto que a mí me parece capital, que es "cómo nos sentimos y cómo nos acercamos en América Latina". Sin duda que hablamos la misma lengua española, o el portugués, el "brasileño", que nos permite cierta comodidad de expresión; pero la verdad, creo que los hombres se acercan, se entienden mejor, cuando comulgan en ciertas creencias. Es decir, lo que realmente une a los hombres son los ideales, la filosofía. Aquí y en cualquier parte de un país de América Latina, los hombres están divididos por partidos, por filosofías y muchas veces nos ocurre, seamos honrados, que nos sentimos más vinculados a un hombre chileno, panameño o mexicano, que a uno de nuestro propio país, porque esos hombres tienen mis ideas y creen en lo que yo creo. Esto es fundamental, el partir de esta convicción; si las ideas nos unen y nos aglutinan, ¿cuáles son las ideas más beneficiosas para América Latina? ¿Cuáles son aquellas que ayudan más a este conjunto de hombres para que se desarrollen y fructifiquen en la creación de una cultura más plena y más total? A partir de esto, trabajemos juntos.

A veces, esas ideas son difíciles de formular en una pura afirmación. Sin duda se dice, por ejemplo, que yo estoy en contra del imperialismo, que yo creo que deben desarrollarse nuestros países libres y autónomamente; que nadie debe sacarnos nuestras cosas; que nos pueden ayudar, estamos dispuestos a cualquier ayuda, pero no estamos dispuestos a ser extorsionados, de ninguna manera. Ser latinoamericano es eso. Entonces, todos los que estamos de acuerdo con este conjunto de ideas, somos hombres que pertenecemos a una familia y ésta, me parece, que es la primera gran opción, porque luego puede haber muchas variantes y los hombres no somos tan homogéneos. Tenemos distintas filosofías, pero yo puedo estar de acuerdo con muchos hombres de otras filosofías diferentes a las mías, cuando hay ciertos elementos básicos que establecen la posibilidad de liar una unión con ellos.

Esta unión fundamental no la hago por razones de historia común, por razones geográficas, de lenguas, aunque le doy importancia a todos estos valores. La hago por razones de ideas, de toma de posición y puedo estar aquí, en tierra chilena, en la que me siento muy chileno, muy cómodo y sería, probablemente, el país del que yo sería ciudadano, si no lo fuera de mi país, al que quiero. Me siento muy satisfecho y contento aquí, porque hay lugares y puntos de contacto con hombres chilenos, con los cuales yo podría trabajar en conjunto, aunque pudiéramos discrepar en otros aspectos.

Un intelectual solo, puede hacer muy poco. Un intelectual necesita de una radio para hablar, de un aparato de televisión para comunicarse, de un diario, de



Angel Rama, crítico y ensayista uruguayo, fue uno de los polemistas más apasionados del Congreso. Se le escuchó

una editorial. Necesita de enormes fuerzas que, en la medida del crecimiento de las poblaciones y del desarrollo creador de una sociedad de masas, son inmensos. Esas poderosas fuerzas no están en manos de los intelectuales, no están en manos de los artistas. Ellos necesitan trabajar a través de un instrumento y, por lo tanto, el problema que se les plantea es poder elegir y saber cuáles instrumentos definirán su actitud. Porque ese diario dirá a usted: "no señor, no quiero esas ideas que me dice; diga otras". Y el escritor se transforma entonces en un asalariado, al servicio de otros.

Por lo tanto, cuando nosotros nos planteamos el problema de una posible integración, eso tiene que ver con la creación de instrumentos de acción en una cierta comunidad de ideas. Creo que a partir de eso, sí que podemos trabajar conjuntamente. A partir de eso, muchos hombres de América Latina vamos a hacer un largo trecho en común para beneficio de las sociedades de este continente. Muchas gracias. (Aplausos).

UNA CULTURA A NIVEL DE TV, DE RADIO

SR. MILLAS (Pres.). Tiene la palabra el señor Angel Rama, de Uruguay.

SR. RAMA. Creo realmente que con la intervención de Mello Mourao y la intervención de Monteforte, de alguna manera nos hemos centrado en los problemas.

En el estilo poético y en el estilo preciso hemos ido a enfrentarnos a algunos de los problemas realmente centrales y candentes de la programática de un intelectual, en Hispanoamérica. Ahora bien, el hecho mismo de que yo me sienta muy cerca de algunos de los planteos y de los esquemas que están expresando ambos, me permite también discrepar; es decir, ver en qué zona —entiendo yo— se está produciendo un error de perspectiva, de captación de todo el problema. Creo que en el fondo todo parte de lo que entendemos por cultura y que el equívoco comienza a partir de la fórmula misma que indica la comisión cuando habla de Comunidad Cultural Latinoamericana. Si yo utilizo (hay una interrupción en la grabación)... en el sentido de tomar por cultura lo que es de emanación directa y espontánea de los pueblos y distinguirla de lo que llamamos civilización como creación de un mundo, de una sociedad desarrollada y un mundo industrializado —es la situación crítica sobre la cual una civilización es un fenómeno urbano— encontraríamos que efectivamente, tal como hoy en la mañana se dijo, estamos presenciando en América Latina la desaparición de enormes zonas culturales. Sin duda hemos visto desaparecer en el Brasil, en el Perú, zonas enormes de amplias culturas tradicionales. Y en general todas las culturas estaban sostenidas sobre valores tradicionales que venían implicados en una especie de mestizaje fundamentalmente dirigido y coordinado por la influencia española. La situación real de América Latina es una situación de subdesarrollo pavoroso en la zona de la infraestructura económica y por consiguiente en las consecuencias inmediatas sociales, políticas y culturales. Todo el esfuerzo de la América Latina consiste en salir por un camino u otro, usando el distinguo famoso —la frase famosa chilena: “Por la Razón o la Fuerza”— para salir del subdesarrollo en que estamos. Para salir de su subdesarrollo tiene necesariamente que acceder a las formas de vida y de organización, que no he inventado yo ni el señor Monteforte. No, en Hispanoamérica no se ha inventado ninguna cosa importante en la historia del mundo. Todo lo importante se ha inventado en otras zonas. Hemos trabajado en la marginalidad. La única forma es tomar el gran bagaje de la sociedad industrial y el gran bagaje intelectual del mundo y trabajar en base a ello. Automáticamente eso significa escuelas, la alfabetización, el aprendizaje de la industria, el desarrollo de las carreteras. Significa este fenómeno que estamos viviendo en el siglo 20, que es la generación de la cultura universal por primera vez, y esa cultura universal, por otra parte, tiene un distinguo y una marca que es la de Estados Unidos. Y esto que seamos intensamente antiimperialistas, que no queramos ser de ninguna manera expoliados por el imperialismo norteamericano, no nos impide para nada que no sepamos esto.

La cultura universal en 1965 tiene una marca que se llama Estados Unidos (hay una nueva interrupción). Y a partir de tal momento, el problema está entre mantener ciertos valores culturales aparentemente muy folklóricos, aparentemente muy llenos de caridades o crear una sociedad real, auténtica que funcione, en la cual no haya pobreza, ni miseria, ni indignidad. Una sociedad total, y entonces sí, abandonar grandes zonas de la pequeña cultura para ir a la civilización planetaria, Ardao lo señalaba hoy cuando decía con toda claridad que estamos ya en la sociedad interplanetaria. Esto no impide nuestra marginalidad. Tiene razón Monteforte: los escritores no pensamos, los intelectuales no cuentan absolutamente. Es un engaño esto que estamos haciendo hoy acá, de estar todos reunidos. Es simplemente un espectro de lo que está pasando a los intelectuales. Necesitan unirse y organizarse para poder funcionar y hacer algo, si no todo lo demás está en manos de la industria de la cultura; esta industria cultural más que material que es la trituradora y la denigración de los valores culturales. Sí, porque esto está hecho por los más altos valores de la cultura, que crean a su vez. Ellos viven de la cultura “de élite” y generan una cultura de masas, que es una cultura indigna, a nivel de televisión, a nivel de cadenas de periódicos, a nivel de cines, a nivel de radios, con la cual se envenena a los oyentes. No se puede tratar de dos culturas. ¡Cuidado! Se habla de una popularización, de una entrada de lo popular encontrando así una cultura nacional, yo diría cuidado, cuidado con esto. Cuando efectivamente se habla del gran fenómeno de la Revolución Mexicana, el auténtico, nosotros notamos el cambio tonal que se produce antes y después de la Revolución Mexicana. Pero también lo noto en la literatura chilena antes y después del alessandrismo y también lo noto en la del Río de la Plata antes y después del fenómeno de la emergencia de la clase media. Es decir, en el gran fenómeno de esa entrada que decía Johnson en su libro, “que las clases medias tipifican una variación cultural”. Porque efectivamente se produjo una democratización de la cultura, una disminución de valoración también —los valores menores. Sin duda se pierde la jerarquía aristocratizante que solía regir en el siglo XIX, a pesar de que efectivamente los escritores eran más activos. Pero eran más activos ¿para quiénes? Para pequeñísimos grupos, para pequeñísimas colectividades. ¿Sobre quién actuaba Sarmiento? Sarmiento actuaba ante su público; el público lector del periódico, en un mundo que tenía un porcentaje de analfabetos del 70%. Es decir, para minorías absolutas o para los votantes, o sea, para los propietarios; se era votante y se era propietario. Es decir estamos en un fenómeno de adaptación de grande ideologías, que son las que están funcionando en este momento. Incluso en este país en que estamos

nosotros trabajando con todo un esquema político que al mismo tiempo es toda una ideología, que está funcionando en base a unas ideas que vienen de Europa. Porque en la medida en que no sea un desarrollo de fondo, básico, estructural, no hay modo de ge-

nerar también una cultura de arraigo universal. Entonces no hay cultura. Pero esto no impide —y esto me parece que es la parte positiva— esto no impide la creación de una cultura propia.

LUIS OYARZUN: VIVAMOS CON UNIDAD ESTA EXPERIENCIA ECUMENICA

SR. MILLAS (Pres.). Tiene la palabra el señor Luis Oyarzún, de Chile.

SR. OYARZÚN. En verdad, el tema más general de nuestras deliberaciones, el de la esencia y posibilidades de la cultura latinoamericana, padece de una considerable ambigüedad en sus definiciones iniciales. En efecto, no podemos hablar con mucha certeza, ni de lo latinoamericano, ni de lo de esencia de las culturas, sin indicar desde el comienzo una nota problemática. ¿En qué medida las culturas son esencias? ¿En qué medida las culturas pueden tener esencia? No llegan a tenerla sino cuando están acabadas, cuando las vemos desde el seno de otra época y de otra cultura. En tal sentido, podríamos hablar de la esencia de la cultura griega o de la esencia de la cultura medieval cristiana. ¿Podríamos hablar de la esencia de nuestra cultura latinoamericana, cuando ni siquiera podemos determinar con mucha claridad, los límites materiales de dicha cultura?

No somos, en verdad, una esencia de movimiento; somos una existencia que tiende a ser esencial. Acaso la vida histórica sea, en el más amplio de sus marcos, un esfuerzo de las existencias colectivas por llegar a esencializarse. Así como la vida humana, en su sentido individual, puede también estimarse desde un punto de vista muy amplio y muy alto, como la vida de una existencia que quiere hacerse esencia; es decir, como la vida de existencia que quiere definirse en lo intemporal.

La idea de esencia, aplicada a la cultura es un concepto límite; pero podríamos nosotros también refutarnos, si en el efecto queremos nosotros como latinoamericanos, esencializarnos en cuanto a tales; es decir, si queremos en verdad, realizar una cultura latinoamericana. Y la pregunta que, sin duda, habría sido contestada claramente en un sentido afirmativo hace cien años, no tiene hoy una respuesta tan fija, ni tan clara, porque estamos en un momento en el cual la internacionalidad, el ecumenismo a que tienden todas las culturas contemporáneas, hacen que acaso nuestra intención de esencializarnos como latinoamericanos,

sea como intención tardía y, por lo mismo, condenada a frustrarse. Diríamos, más bien, que queremos vivir dinámicamente, enriquecedoramente en nuestra existencia, sin pensar en nuestras posibilidades de esencia finales; porque nuestra esencia final, a esta altura de la historia de nuestra época, se inscribe presunta-

Luis Oyarzún, de Chile: "¿En qué medida las culturas son esencias?"

